



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

MIÉRCOLES 1.º DE ENERO DE 1873.

NÚM. 116.



JUNTO AL CAMINO MENDIGANDO.—(LUCAS, XVIII, 35.)



LENASTELE DE ALEGRIA.—(SALMO XXI, 6.)

MIGUEL DONOVAN, Ó LA ÓRDEN DE JESUCRISTO.

Á NUESTROS SUSCRITORES.

Con este número dá principio *La Luz* al quinto año de su existencia. No hay para qué decir que estamos agradecidos al Señor por habernos permitido llegar hasta este pun-

to. Cada número que vé la luz pública, cada día que pasa lo consideramos como una dispensación bondadosa de nuestro Dios. A Él sea la gloria por siempre jamás.

Damos también las gracias á todos los españoles y extranjeros que nos han favore-

cido con sus suscripciones; pero á la vez queremos dirigirles una súplica, la de que se esfuercen en procurar nuevos lectores y nuevos suscritores á nuestro periódico. La misión de *La Luz* no es otra que la de defender el Evangelio de Cristo en esta patria

nuestra, donde tan poco se conoce, donde tanto se desfigura, donde dan á la pobre alma humana en vez del pan de vida un alimento mal sano; en vez de la pura religion de Jesús una repugnante caricatura de la religion cristiana.

Ahora bien; las personas que ya creen en el Señor, ¿no han de trabajar para que otras le conozcan? ¿Esconderán el talento que Dios les ha confiado en vez de ponerlo en circulacion para que produzca diez, veinte, cien veces otro tanto? No creemos que sea así como se agrade á Dios. Es necesario evangelizar, es necesario llevar el conocimiento de Jesús á muchos pecadores. ¿Y tan mala es nuestra publicacion que no sirva para sacar á algun pecador de sus tinieblas?

Nosotros agradecemos mucho el que nuestros suscritores hagan colecciones de LA Luz; pero agradeceríamos más que pusieran en circulacion sus números, que los dieran á leer á sus conocidos y amigos y los invitaran á suscribirse. LA Luz no tiene aún vida propia, á pesar de cuatro años de constantes esfuerzos, y nosotros aspiramos á que la tenga. Nuestros suscritores actuales pueden secundarnos en esta tarea.

Las Iglesias cristianas establecidas hoy en España no han hecho lo que nosotros esperábamos por esta publicacion evangélica, y debemos confesarlo con entera franqueza; esta indiferencia nos ha afligido y nos aflige, no porque se trate de un periódico encomendado á nuestro cuidado; tratárase de un periódico evangélico cualquiera, y sentiríamos lo mismo. Aún es tiempo de que reparen este descuido.

No pretendemos haber hecho una obra perfecta; mas nosotros prometemos mejorarla; que no en vano somos discípulos en la escuela de la verdad.

Varios suscritores nos han rogado que publiquemos LA Luz cuatro veces al mes; no tendríamos dificultad en hacerlo si todos nos ayudaran. Si nuestra súplica fuera escuchada, daríamos principio á esta modificacion el día 1.º de Abril; y á pesar de los nuevos gastos que esto nos proporciona, no cambiaremos los precios de suscripcion, pero disminuirémos el tamaño de LA Luz.

Por último, terminamos repitiendo lo que en varias ocasiones hemos dicho, á saber: que LA Luz no es el órgano de una Iglesia determinada, que está á la disposicion de todos los que desean el progreso y afianzamiento del reino de Cristo.

(La Redaccion.)

LA LUZ.

Así como los días que han trascurrido han sido de alegría y de júbilo, los días que vienen son graves y serios como todos los restantes del año. Ya se ha conmemorado el nacimiento del

Hijo de Dios: todas las alegrías humanas han estallado bajo todas las formas. El abuso ha seguido al uso; el exceso ha acompañado al regocijo. Debilidades humanas de que en definitiva nosotros somos los culpables.

Ya vienen los días serios, los días graves, repitámoslo. Nos encontraremos frente á frente otra vez, sin que esto sea decir que en estos días hayamos debido prescindir de él, con el deber imperioso, augusto, solemne, porque en verdad yo no conozco cosa ni más solemne ni más augusta que el deber. El deber es sencillamente la realizacion del fin humano y del fin divino. Sin él, el hombre seria en la tierra un fenómeno incomprensible é innecesario. Algunas escuelas filosóficas niegan la existencia de un Dios personal, la inmortalidad del alma, la vida futura con sus penas y sus recompensas; pero no hay una que no proclame y exalte la existencia del deber. El deber es el complemento del hombre. Cuando ese deber es realizado por un grande que le realiza en formas de grandes hechos, la historia le escribe en sus páginas—porque la historia tiene que concretarse tan solo á inscribir en sus hojas los hechos que salgan de la esfera de lo comun—y aquellos hechos forman la inmortalidad de aquel hombre. Y aquellos hechos, ¿qué son en definitiva? Ni más ni menos que un deber realizado, realizado con mayor cantidad y calidad de facultades físicas, intelectuales ó morales, pero un deber en fin.

Pero no hablemos de esos deberes extraordinarios con respecto á los demás hombres, ordinarios en aquellos que tienen facultades y medios para realizarlos. Hablemos del deber comun, vulgar, prosaico, si lo queréis, de realizar cada uno su fin como hombre y como cristiano. Cada cual en una esfera más ó menos modesta tiene el deber de agitarse, de obrar, de trabajar. Y al mismo tiempo que tiene el deber, tiene el derecho; pero esta cuestion no nos compete. Como en otro tiempo las teocracias primitivas dividieron los hombres en castas, lo que en definitiva no era más que una designacion arbitraria y bárbara de las facultades y oficios honrosos ó viles á que debía entregarse cada cual, terrible usurpacion hecha por el derecho divino al derecho natural, y aún al derecho civil, hoy, por el contrario, el hombre, segun sus aptitudes ó inclinaciones y siempre libremente, se dedica á estas ó las otras profesiones, oficios, estudios ó trabajos. El hombre que se dedica á cualquiera de ellos—y todo hombre debe dedicarse si quiere realizar su fin humano y divino al mismo tiempo—se impone un deber que debe cumplir. Por eso he creído siempre que la vagancia, que no entra en la esfera del derecho penal mientras no dé lugar á un delito penable y justiciable, es siempre un verdadero delito moral. Mientras que los hombres se agitan, se mueven, cruzan sus ideas y sus intereses, comercian; el vago permanece inerte y helado en medio del movimiento universal. Es la anihilacion completa de la personalidad humana: es una ostra que se encierra en su concha y descendiéndose penosamente al fondo de la sociedad para que nadie se acuerde ni se ocupe de ella. Y este ser, esta ostra animada, vive ó muere, mejor dicho, muere sin el aprecio público y sin el aprecio de nadie porque nadie le estima ni le ama. De suerte que un hombre que no realiza un fin cualquiera—y que no le realiza porque no quiere—es uno de esos parásitos tan abundantes en el reino vegetal, que se abrazan á un árbol y absorben su jugo y concluyen por

matarle. No seamos de ellos, porque es hasta innoble é indigno serlo. Tenemos un deber, pues lo más sencillo es cumplirle. Otro día hablaremos de nuestro deber como cristianos.

LOS EJEMPLOS DEL MUNDO, Y LOS EJEMPLOS DEL EVANGELIO.

El mundo no ofrece por todas partes más que espectáculos de miseria y corrupcion. El Evangelio, en cambio, solo presenta ejemplos de virtud y de santidad.

Es singular el contraste: el pecado en el uno, la virtud en el otro.

La atmósfera del mal se respira en el mundo por todas partes.

Hay ciertas regiones mineras, que por los miasmas que contiene su atmósfera, y por el humo eterno que exhalan las cien chimeneas, hacen imposible en ella la vida de las aves. Todo pájaro que atraviesa aquella atmósfera, cae irremisiblemente muerto.

Lo propio sucede á los hombres. Atravesando por esta atmósfera de pecado, caen cien veces. Pero hay una diferencia entre ellos y el pájaro que muere asfixiado en esas regiones. El hombre no muere. Puede volver á levantarse, y si tiene fuerzas en su alma, que las tendrá si se las pide á Jesucristo, irse á respirar otra atmósfera más pura de fé y virtud.

La tentacion nos rodea por todas partes.

Hoy es un amigo que nos arrastra: mañana es una ilusion que nos seduce.

¿Y qué difícil es libertarse de estas seducciones! La razon hace ver el mal camino que se sigue: la conciencia protesta á su vez: la murmuracion nos avisa de que nuestras malas acciones son conocidas, y sin embargo, el corazon, eterna serpiente puesta en el pecho del hombre, nos dice: «Sigue, ama, no rompas su lazo de oro, no desates ese cinturon de perlas.»

Y seguimos y nos perdemos.

La fantasía es una gasa que presta belleza á lo que no es bello; hermosura á lo que es deforme.

La imaginacion es otra hermana de perdicion. Pocas veces van juntas la austeridad y la imaginacion.

Rechazad la tentacion bajo cualquier forma que se os presente. Las mismas facultades humanas, se convierten muchas veces en un enérgico instrumento de seduccion.

Amad mucho; pero amad bien. Y sin embargo, ¡cuántas veces se ama mal y no puede uno desprenderse de aquel cántico de ángeles que tiene en el corazon!

El corazon es una de aquellas sirenas paganas que atraian al navegante con su cántico y le mataban.

¿Cómo libertarse de esto? Acudiendo á la cruz de Cristo y poniendo á los piés de ella cuanto hay en nuestro corazon.

Es preciso caminar por el mundo con un cuidado y una vigilancia extraordinaria. Como el viajero que camina por una senda que tiene á un lado y á otro pavorosos precipicios, así es preciso caminar por la vida.

Y gracias que así no caigamos.

A las seducciones del mundo hay que oponer los ejemplos del Evangelio; á los ejemplos de los hombres, los ejemplos de la revelacion divina.

Digamos con el poeta de los Salmos: «Amo al Eterno, porque ha escuchado mi voz supli-

cante: puesto que ha escuchado mis plegarias, le invocaré todos los días de mi vida: los lazos de la muerte me habían rodeado: los horrores del sepulcro me habían envuelto: estaba lleno de dolor y angustia; pero he invocado al Eterno y me ha escuchado.»

A los ejemplos del mundo podemos oponer los de aquellos varones que han muerto en la santidad después de haber peleado en esta vida la buena batalla de la fe: los de las inteligencias celestes, en las cuales estamos un día llamados a habitar: el ejemplo, sobre todo de Jesucristo, el jefe y el consumidor de nuestra fe, que iba por el mundo haciendo bien, que nos quiere para el bien, y para el bien nos ha criado.

UNA VISITA DE SAN PABLO

A LA HERÓICA VILLA DE MADRID.

(Continuación). (1)

Las últimas palabras del anciano habían causado en los obispos una turbación que a duras penas podían ocultar. Bien hubieran querido arrojar de la Iglesia a aquel atrevido que así levantaba su voz contra Roma y revelaba lo que el apóstol ignoraba; pero este le protegía y no había medio de deshacerse de él, ni de poner una modarza en su boca.

—Pablo, dijo el anciano al cabo de algunos momentos, os habéis indignado, y con razón, cuando he dicho que la Iglesia hacía un escandaloso tráfico con el purgatorio; pero aun os indignareis más cuando esteis al corriente de cuanto aquí ocurre; aun se practican ceremonias más escandalosas.

—¡Ceremonias más escandalosas! repuso el obispo de Jaén con ira reconcentrada; ¿de veras? Pues podéis mencionarlas, virtuoso anciano.

—No hay dificultad, dijo este, y volviéndose a Pablo le señaló con el dedo una tablilla colgada de la pared, en la que en gruesos caracteres se leía: «Nuestro Santo Padre Sixto IV, se ha dignado conceder once mil años de indulgencia a todos los que con devoción recen un Ave-Maria delante de esta santa imagen.»

Leyó el apóstol el contenido de la tablilla, y como no lo comprendiera bien, volvió a leerlo muy despacio y acentuando cada una de las palabras.

—Pues no comprendo lo que esto quiere decir. ¿Tienen alguna relación estas indulgencias con el purgatorio?

—Y tanta como tienen, murmuró el arzobispo de Santiago. Si no fuera por ese tesoro inagotable que está a disposición de la Iglesia, no saldrían del purgatorio las almas de los pecadores que aún deben algo a la justicia divina.

—¿Pero qué son esas indulgencias? preguntó Pablo.

—Las indulgencias, respondió el mismo prelado, son el perdón parcial o total de la pena o de la penitencia que quedamos debiendo a Dios después de perdonados los pecados por el sacramento de la confesión.

—¡El sacramento de la confesión! otra cosa que no comprendo, repuso Pablo; está visto que desconozco por completo la religión que vosotros anunciáis. ¡La confesión un sacramento! No sé lo que esto quiere decir.

Antes que los obispos contestaran, el anciano se apresuró a hablar diciendo:

—Luego os diré lo que es la confesión y para qué sirven esos, así como armarios que veis arrimados a la pared. Ahora lo que os llenará de asombro es saber que el obispo de Roma asegura que tiene a su disposición los méritos de Cristo, ítem más, los de los santos que han hecho lo que estaban obligados a hacer, y aquello a que no estaban obligados; y en virtud de esta creencia, ha permitido que se predique la doctrina de las indulgencias, que se vendan las indulgencias, que se perdonen por un poco de dinero los pecados cometidos y los por cometer, y otras herejías por el estilo que vos, Pablo, y vuestros compañeros de apostolado no conocíais, y hubierais anatematizado como doctrinas contrarias al Evangelio de Cristo.

—Efectivamente, repuso Pablo, esa doctrina es monstruosa, y destruye, no solo la justificación por los méritos de Cristo, si que también la verdadera santificación. ¿Y dónde habéis aprendido, señores míos, que un pobre pecador haga más que aquello que está obligado a hacer? ¿No sabéis que nuestro deber es llegar hasta la perfección, y que ningún hombre puede ir más allá de la perfección? Aun suponiendo que un hombre en la tierra fuese perfecto como Dios es perfecto, todavía puede decirle su Padre celestial: siervo inútil eres, has hecho lo que estabas obligado a hacer. Decidme, conductores del pueblo de Dios, ¿en qué lugar de las Escrituras Santas encontráis expuesta la doctrina de las indulgencias?

Los obispos guardaron silencio y no se atrevieron a contestar.

El apóstol repitió su pregunta, y entonces el arzobispo de Valladolid respondió:

—Es cierto que no se encuentra esa doctrina en la Biblia; pero la Iglesia la enseña, y ya sabéis que Dios da cada día a su Iglesia nuevas revelaciones.

—Sí, repuso Pablo; cuando la Iglesia desempeña fielmente su cometido; pero cuando se aparta del camino de la verdad, Dios la deja perderse en sus extravíos, y más que Iglesia de Dios, es entonces sinagoga de Satanás.

—Si me permitís, Pablo, añadió el anciano, yo os diré cómo nacieron las indulgencias, y qué uso tuvieron entre los primeros cristianos.

—Hablad cuanto gustéis.

—Pues bien; en los primeros siglos de la Iglesia, cuando los emperadores paganos perseguían a los discípulos de Cristo, los había tímidos y poco firmes en la fe que abjuraban el cristianismo y ofrecían incienso a los ídolos. Una vez terminada la persecución, pedían ingresar de nuevo en la Iglesia; mas los pastores, de acuerdo con los fieles, los sometieron a duras pruebas y a penosas humillaciones. Los que se hallaban sometidos a estas pruebas recurrían a la intercesión de los prisioneros cristianos, para que éstos les diesen cartas de recomendación, que las iglesias atendían casi siempre, y así veían los culpables disminuidas sus pruebas. Esto fue lo que se hizo en un principio. Poco a poco el poder espiritual se reconcentró en los papas u obispos de Roma, y estos dispusieron de las indulgencias a su capricho. En el siglo XIII, un fraile llamado Alejandro de Alés inventó esa teoría de los méritos de los santos, que podían aplicarse a los pecadores, y el Concilio de Trento, a pesar de los espantosos abusos que se cometieron en el siglo XVI, confirmó la doctrina que dura en España, para su desgracia, hasta nuestros días.

—Conque es decir, repuso Pablo con tristeza, que el hombre salva al hombre, y que ya no es la sangre de Cristo la sola que purifica al pecador! ¿Conque ya no tiene valor lo que escribí en mi epístola a los Romanos, versículo 20, «cuando el pecado creció sobrepujó la gracia»; y en la misma epístola, capít. VIII, vers. 3: «ahora, pues ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús»; y también en mi epístola a los Efesios, 1.7: «En el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia.» ¡Y en vano escribí Isaías hablando de Dios: «Yo, yo soy el que borro por amor de mí tus rebeliones y no me acordaré de tus pecados;» Isaías, XLIII, 25 y en el cap. I, vers. 18: «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos: si fuesen como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana!» ¡Ah, guías ciegos, que guíais a otros ciegos, cómo habéis caído en el precipicio! ¿Qué cuenta tan estrecha teneis que dar un día a Dios, y cómo os arrepentireis entonces de haber escuchado la voz de Roma antes que la voz divina! Pero concluyamos; mostradme lo que aun tengáis que mostrarme para que salga yo pronto de este lugar, que apenas he traspasado sus umbrales, y ya tengo el alma partida de dolor.

(Se continuará).

RESEÑA HISTÓRICA

DE LAS MISIONES CRISTIANAS.

I.

Empezamos nuestro primer artículo (1) con las palabras: «La Iglesia cristiana es esencialmente una iglesia misionera, mejor dicho de misioneros.» Su historia en el primer siglo, prueba más que la de otro alguno, la verdad del anunciado lema. El libro de los Hechos de los Apóstoles, es una narración no interrumpida de los primeros misioneros cristianos. Tal vez seremos molestos a nuestros lectores, pero nos parece imposible que haya enseñanza alguna mejor en esta materia que el resumen del contenido de este libro.

Nos parece cierto que Dios tuvo a bien ordenar que los primeros que oyesen el Evangelio fueran representantes de todas las naciones debajo del cielo. (Hechos II, 15). Las últimas palabras del Resucitado, fueron: «Me seréis testigos hasta lo último de la tierra.» «Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura.» (Hechos I, Marcos XVI, 15). Y hé aquí cómo lo ordena, para que esto acontezca. El católogo de los países representados en el día de Pentecostés, abraza casi todas las partes del mundo entonces conocido. No podemos dudar de que cada uno de aquellos cuyos corazones fueron compungidos en aquel gran día, volverían a su país y al seno de sus familias para contarles las buenas nuevas de que habían sido hechos partícipes. De modo que vemos en el mismo principio del Evangelio que Dios propuso a su Iglesia una carrera eminentemente misionera.

La historia de los años inmediatamente posteriores al día de Pentecostés, no desmiente esta idea.

Por un corto espacio, hallamos que los cristianos andaban algo olvidadizos del último precepto de su Maestro; pero Dios se valió de la misma persecución para esparcirlos por todas partes.

Samaria como era natural, sintió la primera las gotas de la lluvia que había de fertilizar las secas llanuras del mundo antiguo. De allí pasó a las costas del Mediterráneo, y la ciudad de Cesárea fué honrada, siendo la primera del mundo gentilico que disfrutó de las predicaciones de los apóstoles y evangelistas.

Es digna de notarse la posición geográfica de la tierra de Judea, por lo mucho que favoreció a la propagación del Evangelio en todas las naciones. Hallándose casi en el centro del mundo entonces conocido, se ve con cuánta facilidad los primeros cristianos se esparcieron por todas partes, y así fué: al Norte hasta la ciudad de Antioquía; al Oeste hasta la gran isla de Chipre; al Sur hasta Cirene; en Africa iban «los que habían sido esparcidos por causa de la tribulación que sobrevino en tiempo de Esteban.» El Sur tendría su misionero en el eunuco gobernador de Candace, reina de los etíopes, y el Este oiría de los labios de los magos que había nacido el Salvador.

Todos estos habíanse esparcido, movidos sin duda por el influjo poderoso del amor a Cristo. No les era posible callar ni descansar hasta que hubiesen hecho notorias al mayor número posible de hombres las noticias de perdón y salvación por medio del Redentor, el Señor Jesucristo.

Pero Dios tenía propósitos especiales en esta obra. Es bien claro que no todos pueden personalmente llevar el Evangelio a todas partes; por lo tanto, la Iglesia ha de considerar un sagrado deber el designar y enviar a los que la representen y hagan sus veces con cuantos estén fuera de su alcance. La relación de lo acaecido en la consagración de los primeros enviados de Dios y de la Iglesia, merece también llamar nuestra atención. Nos escusamos referirla extensamente aquí. Nuestros lectores lo hallarán en el cap. XIII de los Hechos.

Allí encontramos por primera vez al gran apóstol.

(1) Véanse los números de Setiembre y Octubre últimos.

(1) Véase LA LUZ del 15 de Octubre, p. 6.

tol de los gentiles con plenos poderes como tal: y desde entonces la historia de las misiones cristianas en el siglo I, es la biografía del apóstol Pablo. Bajo su dirección fueron evangelizados los principales países de Europa, y en su mayor parte por él personalmente. ¡Qué energía tan incansable, qué sed tan insaciable de declarar el Evangelio, qué tacto tan esquisito para todos! Estos eran los caracteres del gran apóstol. Ojalá que siquiera una parte infinitesimal inflamase los corazones de los cristianos en estos tiempos. Efeso, Atenas, Corinto, Roma, y según se dice la lejana España, fueron visitadas y evangelizadas por el infatigable predicador, príncipe y modelo de todos los misioneros fieles.

Pero aunque fué el primero, Pablo no fué el único apóstol que desempeñó el cargo de misionero. Si hemos de creer á la historia, solo los dos Santiago murieron en el país de su nacimiento: el uno fué muerto por Herodes en los primeros días del Evangelio, el otro tuvo á su cuidado la Iglesia Madre de Jerusalén.

Es posible que Pedro muriera en Roma, pero hay autoridad suficiente para decir que fué apóstol de Babilonia. Mateo, según la historia, después de haber trabajado por algún tiempo en Judea, se fué á Etiopía y luego á la Persia y á la India. Se cree que Felipe y su hermano Andrés, pasaron sus vidas evangelizando la Scythia, hoy confines al Mediodía de Rusia. Los caldeos pretendían que Tomás fuera su apóstol. Bartolomé trabajó en la India y Juan en Efeso.

Como resultado de todos estos esfuerzos, no nos extraña el hallar que el cristianismo antes de que concluyera el siglo I, llamara la atención de los gobernadores del imperio romano y aun de los mismos emperadores.

Seguro es que en ningún siglo hasta en el que vivimos, se ha visto que la llama del amor divino haya ardido tan brillante en los corazones de los hijos de Dios. En ningún siglo hanse hecho tan grandes adelantos en la causa cristiana.

No podemos concluir esta corta reseña de la obra del primer siglo, sin hacer una observación, y con cuánta tristeza de corazón hemos de hacerla si los cristianos hubieran seguido mostrando igual interés y solicitud por la conversión de las naciones y por la venida del reino glorioso de su Señor, nos atrevemos á afirmar que hoy día nos encontraríamos en un estado muy diferente del en que estamos. Por desgracia una pequeñísima parte del mundo solo está enterada nominalmente del Evangelio: muy pocos la conocen en toda su plenitud.

En la reseña de los siglos siguientes examinaremos las causas más notables de esta decadencia.

(Se continuará.)

MIGUEL DONOVAN,

Ó LA ÓRDEN DE JESUCRISTO.

En una despejada y serena tarde de verano—cuenta el autor de la siguiente narración auténtica—después de un día de estudio, salí á pasearme por uno de los preciosos caminos que parten de la ciudad de W., al Sud-este de Irlanda: era mi paseo favorito, porque desde lo alto del camino, que domina las laderas del valle de Suir, puede verse el trozo más pintoresco del río, y en lontananza el plateado brillo del lejano mar.

Seguía agradablemente mi paseo, medio sumergido en mis pensamientos y aspirando con cierto deleite el aire fresco de la tarde, mientras que contemplaba la brillante puesta del sol, cuando la voz de un hombre que de un lado del camino pedía limosna, llamó mi atención; y volviendo á él la vista me encontré con un anciano apoyado en un grueso bastón. Su noble figura y su larga barba, blanca como la nieve, me impresionaron fuertemente.

—Amigo—le dije—¿juzgar por la apariencia, debe Vd. ser muy viejo; las nieves de muchos años están sobre su cabeza.

—Bien puede Vd. decirlo—replicó—la semana pasada cumplí mis setenta y ocho. Muchas cosas raras he visto en mis días... más cambios de lo que pudiera contar, y ya los buenos tiempos han desaparecido.

—Si, y los ancianos como Vd. se complacen en recordar el pasado. Creo, no obstante, que Vd. no habrá dejado de pensar en el porvenir. Siguiendo su curso la naturaleza, su viaje de este mundo al otro se acerca: ¿qué espera Vd. y cómo está preparado para la vida futura?

—¡Ah! no he abandonado el cuidado de mi querida alma. ¿De qué bienes ni de qué comodidades he gozado en este mundo para que descuidara los intereses de la eternidad? He trabajado mucho, caballero, para hacer mi paz con Dios, y he seguido las amonestaciones de mi Iglesia en todos sus santos mandamientos; y aunque parezco pobre y despreciable, soy miembro de la bendita orden de San Francisco, y de la bendita orden de San Benito, y de la bendita orden de San José, y espero pertenecer pronto á la orden de la Santísima Virgen, «bendita entre todas las mujeres;» pero cuesta mucho para uno tan pobre como yo, y además son necesarias muchas y largas penitencias para poder conseguir la entrada en ella. Sin embargo, tengo la satisfacción de poder decir que ya están hechas casi todas las penitencias, y el dinero lo tengo ya próximamente. Una vez que entre en esa noble y sagrada orden, creo que estaré preparado para satisfacer la cuenta que Dios me pedirá de mi vida al llamarme ante su tribunal.

—Me alegro—fué mi contestación, echándole al mismo tiempo una triste pero compasiva mirada—de que no haya Vd. descuidado los grandes intereses del otro mundo; pero yo soy miembro de una orden mucho más elevada que todas las que Vd. ha mencionado.

—¡Ah, caballero!—dijo el viejo alzando repentinamente la cabeza—¿qué orden es esa? ¿qué orden puede ser más elevada que la de la Virgen Madre de Dios?

—Yo soy un humilde é indigno miembro—le dije—de la orden de Jesucristo.

—Nunca oí hablar de esa orden: debe ser sin embargo, muy elevada, porque Jesucristo—dijo inclinándose—es sobre todo. Pero ¿cómo pudo Vd. entrar en ella? Vd. es muy joven, debe haber pagado una gran cantidad por ese privilegio...

—Tiene Vd. razón en cuanto á la grandeza de la orden, pues el título de cristiano es el más alto que se puede conferir al hombre; pero se equivoca Vd. por completo al creer que hay dificultades para ingresar en ella. Yo nada he pagado por ese honor. Apenas lo solicité fui admitido «sin dinero y sin precio;» y Vd. también, mi viejo amigo, puede pertenecer á ella con igual facilidad y prontitud y con idénticas condiciones.

—¿Es posible lo que Vd. dice? Jamás he oído hablar de privilegios religiosos sin pagar. Yo querría ser miembro de la orden del bendito Salvador. Dígame Vd., caballero, ¿cómo podré yo alcanzar la admisión? ¿Qué hizo usted para conseguirlo?

Lleno de vivas emociones, presenté sencillamente, y con todo el cariño de mi corazón, el Evangelio del Hijo de Dios al viejo pordiosero; le hablé de la plenitud y gracia de la salvación comprada sobre la cruz, y de que no era necesaria calificación alguna de parte del pecador arrepentido. A fin de hacerle comprender lo fácil y activo que es el divino remedio, empleé muchas de las frases y figuras del lenguaje bíblico, sirviéndome especialmente del hecho típico de Moisés, cuando en medio del campamento de Israel levantó la serpiente de metal, y solo con mirarla encontraban vida los israelitas, por más que estuviesen en la postrera agonía.

A medida que hablaba, el semblante de mi pobre viejo pasaba de la curiosidad á la admiración y de la admiración al asombro. Hizo el último esfuerzo para reprimir su emoción, sus párpados se movieron con viveza, y cierta agitación se notó en los músculos de su garganta. Mas al fin le fué imposible reprimirse; sus lágrimas comenzaron á empu-

jarse rápidamente por sus enrojecidas mejillas, surcadas ya de arrugas, suspiró, y entre sollozos dijo:

—Gracias á Dios, caballero, que he podido ver su rostro y escuchar su voz. ¡Oh! Vd. ha sido para mí un ángel de Dios. Mucho, mucho tiempo hace que tenía hambre y sed de las nuevas que Vd. ha hecho llegar á mis oídos. Debe ser verdad lo que usted dice, que el mismo corazón y la mano de Dios están en este medio de salvación; jamás lo hubiera imaginado el corazón de hombre tan avaro y egoísta por naturaleza. Es sin duda el Evangelio de Dios mismo, y eternamente tendré que dar á Vd. gracias por haberme dado á conocer sus preciosas y admirables verdades.

Con profundo sentimiento y con verdadera elocuencia se expresó el conmovido anciano. Empezó á sentir las pulsaciones de una nueva vida en su naturaleza espiritual, y vió que de su corazón desaparecía la triste sombra del terror, que se rompían las cadenas que le sujetaban, y que á su turbado pecho descendía una paz y confianza celestiales que jamás había conocido.

—¿Tendría Vd.—dijo después de algunos minutos—la bondad de orar conmigo?

—Con mucho gusto, si hubiere oportunidad; pero ya vé Vd. que sería inconveniente arrodillarse aquí en medio del camino público.

—¡Oh! caballero, no hay necesidad de tan vano alarde: conozco un lugar tranquilo y secreto, allá á la vuelta de aquel campo, y si Vd. lo permite le conduciré allí.

—Con toda mi alma. Ande Vd., que ya le sigo.

El anciano atravesó la vía y siguiendo por un estrecho foso, junto al borde del camino, llegamos pronto á un sitio del campo, sombreado por zarzas y espinos de olor. Allí nos arrodillamos mi anciano amigo y yo congregados en aquel extraordinario lugar, en el nombre del Salvador, descansando en la seguridad de su presencia. «Porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.» (San Mateo, XVIII, 20.)

Si alguna vez en mi vida he orado, fué en aquella ocasión. Cristo ocupaba mi alma; yo sentía su sagrada potencia, y mi viejo compañero, al parecer, daba á conocer la simpática emoción de su alma por el pausado vaiven de su cuerpo, por sus lágrimas, sus suspiros y palabras entrecortadas.

No puedo decir cuanto estuvimos en oración, pues la intensidad de nuestros sentimientos era tal, que no nos permitía fijarnos en el curso del tiempo. Por fin nos incorporamos y nos miramos uno á otro. No sé que observé en mi semblante mi anciano amigo; por lo que toca á él, me pareció que había sido elevado hasta el cielo.

INSPIRACION.

(EN EL DÍA DE AÑO NUEVO).

Tristes pasiones que habeis pasado,
Nunca, y me alegro, para volver,
Y que en alma no habeis dejado
Más que miseria, muerte y desden;
Adios pasiones cubiertas de oro,
Dulces memorias de lo que fué
En esta tumba sobre que lloro.
Do estais vosotras, yaced, yaced.
No entrareis nunca por más empeño
Que hagais, mi alma por invadir
Porque ella tiene ya nuevo dueño
A quien rendirse y á quien oír.
Es Jesucristo que á toda hora
Tiene un consuelo que repartir
Al alba ó luego cuando colora
El sol las nubes, para morir.

Yo te suplico, señor Dios mío
Que ellas no manchen mi corazón;
Que el año nuevo me dé más hrio
Para servirte con sumision;
Que mi alma sea un altar tuyo

Y mi existencia sea una oración,
Y que si acaso tus leyes huyo
Me alcance entera tu maldición.

Tú das al ave blanco plumaje,
Tiñes el cielo de hermoso azul.
Llenas la selva con el follaje
Y los espacios llenas de luz;
Inunda mi alma de resplandores,
Dáme esperanza, dáme virtud,
Que sólo quiero ya los amores
Que de tí emanan, que viertes Tú.

Que si hasta ahora mi alma ha vivido
En la miseria y en la maldad,
El año nuevo lo dé al olvido
Y ya no vuelva nunca á pecar.
Que el alma mía de sus delirios
Sepa librarse sin vacilar,
Porque ellos cuestan muchos martirios,
Noches sin sueño y horas de afán.

Te lo suplico puesto de hinojos,
Te lo suplica mi corazón;
Llanto en mi alma, llanto en mis ojos
Es lo que encuentro y eso te doy.
Que mis suspiros hasta tí lleguen
Y que mis llantos vengan en pos,
Y que se invadan y que se aneguen
Y de tí entonces tendré perdón.

ANDRÉS SÁNCHEZ DEL REAL.

EL MAYOR CONSUELO.

Venid á mí, todos los que estais
trabajados, y cargados, que
yo os haré descansar.

MATEO, XI, 28.

Por donde quiera que abramos el Nuevo Testamento, siempre encontraremos dulzura, amor, esperanza y sobre todo, el mayor consuelo; el consuelo que los hombres nunca podrán dar, por más infalibles que sean, puesto que todos, absolutamente todos, tenemos necesidad de pedir consuelo á nuestro Dios, que es el único que puede consolarnos, el único que puede aliviar nuestras penas, el único que puede dulcificar nuestros dolores, el único que puede enjugar nuestras lágrimas, el único que puede cicatrizar las heridas de nuestro corazón, el único que puede dar paz y tranquilidad á nuestras conciencias, el único que puede salvar nuestras almas, y por eso es también el único que puede decir:

«Venid á mí, todos los que estais trabajados, y cargados, que yo os haré descansar.»

¿Puede el hombre proporcionarnos la paz, la tranquilidad y el consuelo que nuestro Dios nos ofrece?

No, y mil veces no.

Los mismos fariseos, los enemigos del Redentor, reconocieron que únicamente Dios puede perdonar pecados, y por consiguiente, el único que al perdonar pecados puede tranquilizar las conciencias.

«¿Quién es éste, decían los fariseos, que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?» (Lúcas, v. 24.)

Hé aquí por qué, siendo el único que puede aliviar las conciencias del peso del pecado, es el único también que puede decir:

«Venid á mí, todos los que estais trabajados, y cargados, que yo os haré descansar.»

«Venid á mí.» No dice la divina palabra: «Id á buscar alivio, descanso y consuelo en tal ó cual hombre;» dice terminantemente: «VENID Á MÍ.»

Tampoco dice: «Vengan estos ó aquellos, vengan los de este ó del otro país;» dice terminantemente: «VENID Á MÍ TODOS.»

Reflexione el hombre y comprenderá que las guerras, la efusión de sangre, las muertes, los robos, los suicidios, todos los males que afligen á la humanidad, son la consecuencia precisa de lo mucho que rechazamos la voz de nuestro Dios, que continuamente nos está diciendo:

«Venid á mí, todos los que estais trabajados y cargados, que yo os haré descansar.»

El hombre, lo más que puede hacer, si es caritativo, es darnos un buen consejo ó partir con nosotros su pan; lo más que puede hacer es remediar algún tanto nuestras necesidades materiales; pero las espirituales, Dios y solamente Dios puede remediarlas.

«Venid á mí...» Esto es llamarnos, esto es invitarnos, esto es decirnos: ¿Quereis paz? «Venid á mí...» ¿Quereis amor? «Venid á mí...» ¿Quereis misericordia? «Venid á mí...» ¿Necesitais perdón? «Venid á mí...» ¿Buscáis esperanza? «Venid á mí...» ¿Quereis fortaleza para salir victoriosos en esa callada y terrible lucha que á todas horas teneis con vuestras conciencias? «Venid á mí...» ¿Quereis la salvación de vuestras almas?

¿Seremos, durante este año, tan sordos para escuchar la voz del cariñoso pastor que nos llama, como lo hemos sido durante el año que acaba de terminar?

No. El nos llama, él nos dice: «Venid...» Pues vamos á él, amándole con todo nuestro corazón, con todo nuestro entendimiento, con toda nuestra alma. Vamos á él, amando á nuestro prójimo como á nosotros mismos; vamos á él, cumpliendo sus divinos preceptos; vamos á él para que nos conceda la salvación eterna que es el fin para que nos ha criado.

MANUEL FERNÁNDEZ.

LOS VALDENSES.

(Continuación.)

Llegó el Conde de la Trinidad á Villar un día después de la rendición del castillo y se preparó á atacar el Pradotour, que era como el corazón de la rebelión. Dos combates sangrientos necesitó para apoderarse de la parte baja del valle de Angrogne y emprendió después el ataque del Pradotour. Le atacó por tres puntos diferentes, por dos de ellos fué rechazado; pero cuando ya los valdenses se creían victoriosos y perseguían á los fugitivos, vieron bajar una masa considerable de hombres por otro lado. La mayor parte de los combatientes estaban lejos del nuevo punto de ataque y sólo pudieron lanzarse treinta hombres sobre los soldados del Duque. Se avisó á los que perseguían á los fugitivos y bien pronto ellos y la compañía volante corrieron á detener al enemigo. Antes de empeñar el nuevo combate, hicieron lo que tenían por costumbre. Se pusieron de rodillas y oraron á Dios fervientemente. Los valdenses vencieron y eso que los católicos eran más de mil. Allí murió el señor de Rio Claret, que había perseguido por herejes á sus propios vasallos y Luis de Monteil. Esta victoria valió á los valdenses considerable botín.

Viendo fracasadas el Conde de la Trinidad sus tentativas sobre el Pradotour atacó á Rosa y á Villar, aldea que incendió. Su ejército en esto había mermado considerablemente, por lo que pidió auxilio á los Reyes de Francia y España, que en efecto le enviaron cuerpos auxiliares para combatir la herejía. Con ellos, seguro ya del triunfo, atacó de nuevo el Pradotour y vió de nuevo á sus huestes desbandadas y rotas. A su lado cayeron sus mejores capitanes y su ejército hubiera sido exterminado por completo si los valdenses no hubieran jurado no matar más que á los soldados que fuera preciso para defender sus vidas y haciendas.

Estas derrotas consecutivas consternaron á los católicos y el conde les ofreció la paz. Ellos respondieron que la aceptaban siempre que se les permitiese adorar á Dios según su conciencia. La primavera llegó durante estas negociaciones, y el conde de la Trinidad quería ahora apoderarse del Pradotour. Esta vez quiso penetrar en él por el Tailleret. Para conseguirlo tenía que subir el ejército católico una cuesta de más de dos leguas y bastaba para derrotarlos con que diez ó doce hombres arrojasen piedras desde la cumbre. La operación se hizo bien; pero sin embargo fueron apercibidos y la compañía volante corrió á lo alto del Tailleret. Hubieran podido llegar antes los católicos; pero prefirieron seguir una senda que les llevaría á un punto desde donde podrían atacar á los valdenses de arriba á abajo y esto les perdió.

Concluían su oración matutina los valdenses cuando

vieron descender á los católicos divididos en tres cuerpos. Doce hombres solamente bastaron para detener á la columna que descendía de la meseta por un estrecho sendero en tanto que llegaba la compañía volante que obligó con sus certeros tiros á volver la espalda á los soldados católicos. Los otros dos cuerpos se retiraron en cuanto vieron frustrado el ataque del Tailleret. Así concluyó esta campaña y cesaron las operaciones. Los valdenses se valieron de estas victorias para reanudar sus relaciones con Felipe de Saboya y se formó un tratado de paz. Por él se concedió un perdón general á cuantos habían tomado las armas contra el Duque: se les dió libertad para construir nuevos templos: se les aseguró á todos la restauración de sus bienes y se les dispensó del pago de los diez y ocho mil escudos que les había impuesto el Conde de la Trinidad. Este tratado de paz fué firmado en Cavour en donde yacía el conde postrado de una grave enfermedad. Fué observado durante algunos años por el Duque de Saboya; pero como no hizo registrar este tratado por el Senado ni por el Tribunal de Cuentas, formalidades necesarias para que tuviera fuerza ejecutoria, no la tuvo. Pero asistamos ahora á la destrucción de las colonias de los valdenses en las Calabrias.

DIOS TE VÉ.

Cuando murmuras del prójimo,
A quien debieras querer;
Cuando calumnias sus hechos,
Que no conoces tal vez;
Cuando llevas el escándalo
Infamemente doquier,
Piensa que te escucha Dios
Y piensa que Dios te vé.

Cuando destrozan tus labios
Con sus palabras de hiel
La reputación de un hombre
Y el honor de una mujer;
Cuando blasfemas de Dios
Y cuando te burlas de Él,
Piensa que Él mismo te escucha
Y piensa que Dios te vé.

Cuando mientes infortunios
Que no tienes, por tu bien,
Y los mientes para que otro
Una limosna te dé;
Cuando derramas un llanto
Vano, y sin razón de ser,
Piensa que te escucha Dios
Y piensa que Dios te vé.

Cuando finjes un carácter
Que Dios no te dió al nacer;
Cuando eres impío, y finjes
Tener creencias y fé;
Cuando, hipócrita, te cubres
Con la máscara del bien,
Piensa que te escucha Dios
Y piensa que Dios te vé.

A. SÁNCHEZ DEL REAL.

OCHENTA AÑOS DE LUCHA.

VI.

Las exhortaciones que de todas partes se dirigían al duque de Alba para aplacar su sanguinario furor, no hacían más que estimularle á nuevos crímenes y á nuevas barbaries. Trabajaba seis horas al día con los jueces del Tribunal de la Sangre. La casa del conde Coulembourg era arrasada, y levantada en su lugar una afrentosa de mármol. Revolviendo la causa de un reo que ya había sido ejecutado, se vió que era inocente. Entonces Vargas que era uno de los jueces del Tribunal

prorumpió en estas incógnitas palabras: «¿Y qué importa? Si ha muerto inocente, tanto mejor para él cuando sea juzgado en el otro mundo.» Un ciudadano de Ámsterdam fué ejecutado por haber impedido á un hombre del pueblo que hiciera fuego sobre un magistrado. Se dijo que puesto que había logrado aquello de aquel hombre tenía influencia sobre los rebeldes y se le decapitó sin otra causa. «El país entero, dice Motley, había llegado á ser como una inmensa carnicería. El toque fúnebre sonaba de cuando en cuando en las mejores ciudades. No había una familia que no tuviese que llorar alguno de sus miembros más queridos; los que sobrevivían desalentados y taciturnos, pálidas sombras de sí mismos, vagaban sin objeto en torno de sus hogares destruidos. Toda la energía de este pueblo viril había sido quebrantada y quebrantada por completo, algunos meses después de la llegada del duque de Alba. La sangre de los mejores y de los más bravos había enrojecido los cadalsos: aquellos sobre quienes el pueblo acostumbraba á fijar sus miradas, habían muerto ó estaban en la prisión ó en el destierro. El someterse era inútil: huir era imposible: vengarse era la única esperanza y ella era la que ardía en el fondo del corazón de cada uno. Por la calle no se encontraban más que gentes que iban llorando; porque, ¿cuál era la casa en que no había motivo de llanto? Los cadalsos, las picotas, las hogueras que hasta entonces habían servido para las necesidades de la persecución, no ofrecían ya á tan incesante persecución más que materias insuficientes. Los pilares, los postes de las calles, las cornisas salientes de las puertas de las casas particulares, las empalizadas en los campos estaban cargadas de cuerpos estrangulados, achicharrados, decapitados. De más de un árbol, en el campo, pendían, como terribles frutos, cadáveres humanos. El mismo duque de Alba escribía á Felipe II: «El día de la Ceniza se prendieron cerca de quinientos, que fué el día señalado que dí para que los tomasen en todas partes...» Y más adelante: «He mandado justiciar todos estos...» Y después: «Que á la cuenta que tengo echada, en este castigo que agora se hace, y en el que vendrá después de Pascua tengo que pasarán de ochocientas cabezas, que siendo esto así, me parece que ya es tiempo de castigar á los otros en hacienda, y que destos tales se saque todo el golpe de dinero que sea posible, antes que llegue el perdón general.» Se quejaba á más amargamente al rey de que no había quien le ayudara en su obra. Los comisarios del mismo Tribunal andaban remisos en cumplir sus órdenes. El sacrificador, como dice un elegante historiador español, se encontraba solo con su cuchilla.

Y entretanto, el de Orange, ¿qué hacía? ¿Dejaba morir á su pueblo á manos de aquel terrible capitán? No. Reunía un ejército y se preparaba á invadir los Países-Bajos: vendía sus alhajas y su vajilla para levantar tropas, y se preparaba á entrar en aquel suelo, regado por tanta sangre, por tres puntos diferentes. Penetró una parte de los invasores por el Artois y el Mosa; pero Sancho Dávila los derrotó, ayudados de los coroneles franceses que Carlos IX, aquel rey que asesinaba á su pueblo desde los balcones del Louvre, le envió en pago de otro servicio semejante que el de Alba le había hecho. Los excesos á que se entregaron los soldados españoles no hay para qué contarlos: el lector los adivinará. Pero por la parte de Frizia vencieron los orangistas. Cogieron en una emboscada á los españoles y los destrozaron. El duque de Alba sintió muchísimo esta derrota; tanto por las pérdidas materiales de su ejército, como por el brio que esto daría á los invasores; y hubiera ido al momento en ayuda de aquel tercio, si no hubiera querido antes dejar decapitados á los condes de Egmont y de Horn. Este es otro de los más terribles dramas de esta sangrienta lucha.

A. SANCHEZ DEL REAL.

REMITIDOS.

CÓRDOBA 26 DE DICIEMBRE DE 1872.

Señor Don A. C.

Muy señor mío y querido amigo: Dios siempre benigno no deja de velar continuamente por su obra y cada día se conocen los resultados. Podemos decir, por

más que parezca demasiado confiado, que nunca retira su mano de la bendición en donde se le invoca y muy especialmente en esta población cuyos progresos debidos á su protección son notorios. Voy á referir á usted un hecho de grande importancia que ha tenido lugar en esta Iglesia y que además de haber servido de edificación ha descornado el velo de la ignorancia.

El viernes 20 del actual á las dos de la tarde se me presentó un presbítero de la Iglesia Romana con talar y teja y leyendo el sobre adjunto, preguntó por mí y me entregó la adjunta carta, y leída que fué lo introduje á una habitación reservada y empezó su diálogo de esta manera. «Soy joven; hace un año que celebro el santo sacrificio de la misa, sé positivamente que hay una salvación para el pecador; pero no veo su posesión real ni en la misa, ni en el breviario, ni, en una palabra en la Iglesia á que pertenezco. El protestantismo, lo conozco poco en general, mucho menos en particular; batallé en mi conciencia y vengo ha descubrirme á Vd., porque tengo la convicción de que si yo no acepto el dogma ó Vds. no utilizan mis servicios, no he de ser delatado á pesar de que estoy resuelto á no vivir más tiempo de la mentira; y para dar una prueba más de que es la conciencia la que me impulsa y no otra cosa, es que yo dejo la predicación de Libares, Bailén, Andujar (en donde residí) y otros pueblos que me producen de seis á ocho mil reales anuales, más las misas de una gran clientela.»

Como Vd. puede pensar, yo le hablé de la justificación por la fé, y de nuestra salvación por Jesucristo solo, queriéndome objetar que aplicaban en su Iglesia el cántico á la purísima Concepción en su fiesta el Capítulo 8.º á los proverbios, atribuyendo ese ella (Sabiduría) convirtiéndola en la Virgen profetizada antes de ser el mundo. Terminó nuestra amistosa polémica, diciéndome que D. Duncan deseaba que nos reuniésemos á las ocho de aquella misma noche. Sin embargo, á las siete, antes de la cita, vino D. Duncan y me dijo que tenía antecedentes del individuo de la Iglesia Romana; que yo me lo metiera en casa, le diera de comer y todo lo que necesitara, que él respondía de los gastos; que si Mr. Guadal escribía á Irlanda para que lo tomaran, y no lo aceptaba la sociedad, él lo recomendaría á otros.

A la hora citada nos reunimos en casa de D. Duncan, y después de acordar lo que Guadal dictó, se procedió á lo siguiente. El domingo á las siete de la noche se presentó en la Capilla vestido de talar, se sentó en el primer banco de la izquierda de la tribuna. La concurrencia mucha y admirada: yo tomé por texto el versículo 19 del cap. 34 de Jeremías, y quiso la Divina Providencia inspirarme para que produjera un efecto cristiano; el presbítero lloró y la congregación también. Concluida la predicación, anuncié que en la clase bíblica acostumbrada de los lunes, el presbítero D. José Pérez Martinon, que este es su nombre, diría cuatro palabras al público; llegada dicha hora nos sentamos en la mesa, y yo expliqué brevemente el cap. 14 de San Mateo, porque él había de tomar por base los vers. 28 y 29 del mismo. Yo había dispuesto que hablara detrás de la mesa; pero se acercó Mr. Guadal, diciéndome que subiera á la tribuna; insistí, mandó y puesto de sotana ocupó el púlpito, pronunciando un discurso que desde su exordio hasta su final, lloraban tres cuartas partes de la numerosísima concurrencia, y conmovidos todos; dijo á los concurrentes entre otras cosas, que eran felices porque habían visto la luz antes que él; pero que, él rendía tributos de alabanza á Dios, porque le había puesto en la cristalina fuente, etc. Hoy hace la protexta judicial. Guadal ha escrito á Irlanda. El presbítero desea que esto se haga público en la prensa española.

Sin más, disimulando lo breve de la carta, porque no hay más papel, dé Vd. afectos á la Señora, y besos á los niños, y mande á su amigo y hermano

ANTONIO SANCHEZ.

ZARAGOZA 27 DE DICIEMBRE DE 1872.

St. D. A. C.

Muy señor mío: Llegado á fin de año, voy á dar á usted una reseña del estado de esta Iglesia, empezando por decirle que el día 8, en el acto de la predicación de la mañana, fui interrumpido por cinco hombres, que gritaron: «Calla, embustero.» No había motivo para deducir fuesen pronunciadas á tiempo aquellas palabras,

porque era muy inofensivo cuanto yo decía: «Un hombre puede estar en su trabajo, y puede estar pensando en los risueños rostros de sus hijos cuando por la noche salen á recibirle, y lo mismo puede hacer pensando en Cristo Jesús.» (De la vida común en la religión.) Precisamente serían mandados, consentidos en que se hablara de la Virgen, y no quisieron hacer la comision en balde; fuera de este caso, en fin, los cultos establecidos y los extraordinarios todo el año se han llevado á cabo con fortuna, fuerzas y resignación que el Señor me ha concedido sin que los esfuerzos de nuestros constantes enemigos hayan podido evitar que estén siempre concurridos, con un orden perfecto y una tranquilidad absoluta, como lo han presenciado los señores hermanos que agradablemente nos han sorprendido con sus visitas.

En la escuela es donde se ha sentido más la influencia romana, siendo ya exorbitante el número de las gratuitas que han establecido, y mayor el de los regalos que hacen de libros, ropa, calzado y dinero; unido esto á que cuando el niño tiene ocho años (ó menos) le ponen á trabajar, ha disminuido la escuela nuestra extraordinariamente en cuatro meses á solo ventitres niños. También la escuela evangélica gratuita de niñas, que ha estado abierta más de dos años, se ha cerrado por falta de recursos.

El cuerpo de diáconos ha cumplido con un celo admirable su cometido, y han recaudado más de quinientos reales que han invertido en mejorar el local de la capilla; los ancianos, alternando, han ayudado en la primera parte de los cultos, visitas de enfermos, entierros y cultos en las casas particulares; además, se han recaudado en la congregación sobre los cuarenta reales mensuales de propaganda, y los treinta que cada cuatro meses se dan por gastos del Consistorio, más de mil seiscientos que se han repartido en socorros de á tres reales á los enfermos por las hermanas de caridad con intervencion de los diáconos, segun aparecen en los libros de asiento. El número de miembros adultos examinados asciende á cuatrocientos treinta y seis; matrimonios, en Febrero dos y otros dos en Diciembre; defunciones diez y siete, y siete bautismos. A menudo inscribimos nuevas personas en nuestros libros que van reemplazando á los que se ausentan; pero haciéndoles entender, que es sin valor como no tengan inscritos en el corazón el nombre augusto de Cristo Jesús.

La junta de esta iglesia da las más rendidas gracias á los hermanos del extranjero por el celo y caridad que emplean atendiendo al sostenimiento de esta iglesia, puesto que aún no puede hacerlo por sí misma; y varias personas de la congregación nos han manifestado su admiración y reconocimiento por esos buenos cristianos que espontáneamente atienden á tantos gastos, sin remuneración en este mundo por una iglesia que no es de su nacionalidad. Dios bendiga su grande fé.

Que sea Vd. feliz con su querida familia, les desea su muy sincero, respetuoso afectísimo

JOSÉ EXIMENEZ.

Capilla Evangélica de las Peñuelas (antes Martín de Vargas, 18), hoy Moratines, 5.

Sr. Presidente del Consistorio de la Iglesia cristiana española.

Nuestro respetable amigo y hermano en Cristo Jesús: Hemos recibido, y visto con satisfacción el ejemplar que se ha servido Vd. enviar á esta iglesia de la «confesion de fé» adoptada por la Asamblea general cristiana, habida en esta villa de Madrid en Abril último, cuyo envío agradecemos á usted infinito, primero, por su importancia y después por que nos dá oportunidad de decirle alguna cosa con referencia á la traslación de esta capilla desde la calle de Martín de Vargas, núm. 18, donde estuvo establecida, á la de Moratines, núm. 5 del mismo barrio, cuyo nuevo local se inauguró en medio del mayor orden y con una numerosísima concurrencia el 1.º de los corrientes, como así también hemos tenido el gusto de verlo anunciado en las columnas del último número de su respetable periódico.

Cumplidos son ya catorce meses de evangelización en este barrio de las Peñuelas. Era el 3 de Se-

tiembre del año próximo pasado cuando se abrió al público la capilla en el antiguo local; día para nosotros de gran consuelo y de satisfacción indecible al ver que aquel salón de tan grandes dimensiones que se había destinado para el culto, no era bastante á contener la numerosa concurrencia, el gentío inmenso que en aquella noche asistió á oír, en su mayor parte por primera vez, el Evangelio; pues entretanto de esperar era, y nosotros así nos lo prometíamos, que algunos, no solo escucharían la palabra de vida, si es que la recibirían también y sentirían la potencia del Espíritu obrando en sus creyentes almas para salud.

Pues ese mismo consuelo, esa satisfacción de aquella primera noche, el Señor se encargó de hacérsela experimentar otras muchas noches, más proporcionándonos por espacio de cuatro meses ó cinco, nada menos, en todos los cultos (si se exceptúa el domingo por la mañana, en cuyo día, ni entonces ni después, ni ahora es grande la asistencia por circunstancias muy especiales de los que habitan en esta localidad, circunstancias que no entramos á enumerar aquí, pero que nos atrevemos á decir sin embargo, aunque con profunda pena y sentimiento, será muy difícil, ó al menos se tardará mucho en hacer desaparecer), un lleno en la Iglesia completísimo, lo cual nos hacía creer que Dios estaba con nosotros bendiciendo su obra y nuestros débiles esfuerzos, y continuamos creyendo todavía, no obstante cuanto después ha acaecido, que estuvo con nosotros y que bendijo nuestros trabajos.

Del mismo modo también y en igual progresión que la Iglesia, marchaban los colegios que en salones distintos de esta, y casi al mismo tiempo que ella se crearon; pues llegaron á contarse de ochenta á noventa niños y niñas de sesenta á setenta con asistencia diaria en todo ese período de tiempo; lo cual nos hacía entrever una esperanza brillante, tanto para el porvenir del Evangelio en el barrio, como para el de los pobres niños que en él se albergan; quienes hasta la apertura de nuestras escuelas, ni casi tenían donde poder recibir esmerada y gratuitamente la enseñanza primaria que han recibido de nosotros, y de que tan faltos como deseosos estaban antes de nuestra venida. Lo que decimos de los niños, decimoslo también de los adultos, para quienes en vista de la imposibilidad en que se hallaban por sus ocupaciones y faenas de recibir instrucción durante el día, creamos dos escuelas de noche, una para cada sexo donde por espacio de dos horas todos los días, menos los destinados al culto les dábamos la enseñanza que con tanto anhelo como necesidad reclamaban; y estas escuelas se vieron también sumamente concurridas hasta que llegó la Primavera, en cuya época, por razón del calor y en vista de que se iban alargando demasiado las horas de sus trabajos por el día, nos fué preciso suprimirlas.

En este estado se hallaban las cosas cuando comenzó ya á susurrarse entre las gentes, más sin nosotros apercibirnos, que nuestra estancia allí concluiría el mes de Julio, pues trataba el dueño de la casa que ocupábamos, de ponerla en venta, ó por mejor decir, de alquilarla sobretesto ó simulación de venta al municipio para instalar este, donde estaban las nuestras, sus escuelas. Escusado es decir que esta fatal noticia circuló con la celeridad del relámpago por todo el barrio, y por consiguiente entre los hermanos de la iglesia; más á todo esto, nosotros nada sabíamos y descansábamos tranquilos sobre este particular, en la seguridad de permanecer allí por algunos años, teniendo, como teníamos, un contrato formal en toda regla y con las más expresas condiciones de firmeza y seguridad. El tiempo iba trascurriendo y nosotros trabajando con igual, si no con más celo que antes, sembrando abundantemente la semilla divina de la palabra en el vasto campo que el Señor se había dignado abrir á nuestros trabajos, cuando comenzamos á observar, llenos de asombro y de sorpresa, que esa semilla no germinaba, no producía, según

nuestras esperanzas y deseos; cuando echamos de ver que el número de nuestros congregantes, que ascendía en el Registro á 200 y en la Iglesia como oyentes algunos más, en vez de aumentar disminuía, ¿qué podrá ser esto? nos decíamos.... ¿Cuál será la causa de este retraimiento?... Las cosas marchan como hasta aquí, nosotros trabajamos lo mismo.... ¿qué podrá ser? ¿Si habrá alguna mano oculta que rape á la celada por sus cimientos el edificio que hemos levantado á tanta costa? A todo esto, nada; para nosotros las tinieblas, la oscuridad de Egipto.... No hay que desalentar, sin embargo, adelante; una nube, cuyo origen nosotros desconocemos, ha venido á encapotar un instante el sol que iluminaba nuestro camino; pero ¿qué importa! Esa nube, decíamos, será pasajera; presto quizá, volverá á brillar radiante el astro que hasta hoy nos ha guiado; es un día de tempestad, aguardemos, ya renacerá la calma. Más ¡vana esperanza! Los días se deslizaban fugaces, pero no serenos; al contrario, el cielo se oscurecía más, la tormenta arreciaba; los niños de nuestras escuelas iban poco á poco abandonándonos; los hermanos dejaban cada día más desiertos los bancos de nuestra Iglesia. Y ¿qué de extraño? Sabían lo que nosotros ignorábamos, que tendríamos que abandonar aquel puesto, y se temían que al abandonarle, al cerrarse tras de nosotros aquella puerta no se nos abriera en el mismo barrio ninguna otra; y como niños en la fé todavía, los débiles, los flacos, se retiraron de la Iglesia, ó al menos no volvieron á escuchar en ella el Evangelio, quedando desde entonces el número de asistentes diariamente á la capilla reducido á unos 70, los que bien podemos llamar hombres en la fé, cuando, ni con temores ni con halagos, por nada ni por nadie han podido ser arrancados de nuestro lado; sí, estos permanecen siempre firmes y siguen á su Maestro Divino, á su Salvador Jesús, por donde quiera que vaya; y en prueba de la firmeza de su fé y de su constancia han venido con nosotros, como embajadores de aquel, como sus siervos, á formar otra vez juntamente con nosotros nueva Iglesia.

(Se continuará.)

NOTICIAS VARIAS.

De nuestro apreciable colega *El Abolicionista* tomamos las siguientes

EXPOSICIONES ANTI-ESCLAVISTAS.

En la sesión del 48 de Noviembre el Sr. Ramos Carrion presentó al Congreso la siguiente exposición firmada por un número considerable de vecinos de Málaga, entre ellos muchos diputados provinciales, individuos del Ayuntamiento, Abogados, propietarios y artesanos de aquella ciudad:

«Al Congreso de diputados de la nación española.—Increíble sería, si los hechos no viniesen á patentizarlo, que habiendo trascurrido más de medio siglo desde que el gobierno español se comprometió por medio de tratados solemnes á suprimir la infame trata ó comercio inhumano de esclavos, continúe la esclavitud en las posesiones ultramarinas de España, si no tan potente como en tiempos de ominoso recuerdo, con vida bastante al menos para resistir y hacer impotentes los incesantes esfuerzos de tantos y tantos varones de corazón generoso, de alma esforzada y sentimientos humanitarios como vienen combatiendo ese funesto padron de ignominia para la noble nación española.

La codicia inhumana, el sordido interés de un puñado de hombres miserables, por más que potentes aparezcan, vienen pudiendo más que los tratados, más que las leyes, más que la justicia, más que la moral universal, más que la religión, más que nuestra honra y dignidad, más que el buen nombre de nuestra nación. Porque á todo eso ofende y daña la esclavitud que, digase lo que se quiera en contrario, se viene sosteniendo en nuestras posesiones de Ultramar, sin que haya nada con que pueda atenuarse siquiera ese gran crimen; que crimen es, y enorme, sostener y amparar también aquello que las leyes divinas y humanas condenan, por ser la más flagrante violación de los eternos principios de justicia y de caridad.

Ocioso sería molestar la atención del Congreso con una exposición de razonamientos y de hechos para probar todo lo odioso de la esclavitud; la conciencia universal la rechaza indignada, y no se concibe que haya un hombre ilustrado y de mediana moralidad siquiera,

que pueda admitirla, no ya en principio, pero ni como cosa transitoria y de circunstancias. Pero aun suponiendo que haya de esos hombres, estos no pueden contarse entre los diputados de la nación española y en el Congreso de 1872. Estarían bien en uno de esclavistas, pero en modo alguno podrían sentarse en los escaños de la Cámara de un pueblo libre, en una situación altamente democrática, como se proclama, y rigiendo un Código fundamental como el promulgado en el año de 1869. ¡Oprobio y baldón para el hombre, que diciéndose profesar ideas liberales, más ó menos radicales, y que blasonando de moral y de cristiano, ponga siquiera el menor óbice y cree el menor obstáculo, y levante la más leve objeción contra la completa é inmediata abolición de la esclavitud!

No hay argumento valedero, no hay objeción plausible que hacer en pró de la continuación de la esclavitud, por tiempo más ó menos limitado. Si la justicia, si la moral, si la caridad, si la humanidad la condenan, no es posible invocar la política en su ayuda, y sería un sarcasmo horrible apelar á un patriotismo de circunstancias para cohonestarla; y una farsa notoria recurrir al tan manoseado como insostenible recurso de derechos creados á la sombra de una ley en mal hora dictada. Basta fijarse en el largo trascurso de años desde que el Gobierno español declaró solemnemente ilegal y punible la trata ó comercio de esclavos y su introducción en nuestras posesiones de Ultramar, para conocer que de derecho la abolición de la esclavitud debería contarse en la categoría de hechos consumados. ¿Cuál puede ser el poseedor de esclavos, el amo y señor absoluto de criaturas racionales, que pueda hoy alegar un justo título de propiedad sobre ellos, como puede hacerlo sobre el de la tierra que aquellos riegan y hacen fructificar con sus lágrimas y con su sangre?

Tiempo es ya, señores diputados, que unas Cortes españolas pongan término á tanta injusticia, y vuelvan por el buen nombre y por la honra de la patria tan mancillada con el borron de la esclavitud que se viene sosteniendo hoy con más hipocresía que franqueza, aunque sea una cosa en la esencia. Los que suscriben, animados de los más nobles y humanitarios sentimientos, así lo piden al Congreso, y esperan que por esta vez sus votos se verán cumplidos, por los votos de los diputados, que destruyan para siempre las cadenas de la odiosa esclavitud en que gimen miles de seres racionales, víctimas de la fuerza bruta y del más indigno y criminal comercio que haya podido inventar el monstruo de la codicia y del interés.

Guarde Dios la vida de los diputados de la nación española.

Málaga 4.º de Noviembre de 1872.

Antonio Luis Carrion.—Manuel Martínez.—Francisco P. Chacon.—José Moreno Micó.—Manuel Parody.—Manuel Cerban.—Antonio Hoyo.—Antonio Yuste.—Francisco Luque.—Santiago Cavitare.—Arturo Lengo Castañeda.—Juan Martínez.—Manuel Rios.—Miguel Medina.—Manuel Hidalgo.—Francisco Brotones Martínez.—Enrique Toribio.—Heliodoro Asensio.—Ambrosio Pineta.—Serafin Marca.—Antonio Escaño Videnque.—Francisco Solier.—(Siguen muchas firmas.)»

Un número extraordinario de habitantes de la hermosa ciudad del Túria ha elevado á las Cortes la sentida exposición que á continuación transcribimos. Felicitamos á nuestro estimado colega *El Radical* de Valencia, por la activa parte que en este asunto ha tomado. Verdaderamente solo es digno de la libertad el que la adora en los demás.

A LAS CORTES.

Un borron negro mancha los timbres de España, una sombra de horrores anubla el sol de nuestras glorias; el hombre explotado por el hombre, la esclavitud, que, para afrenta de nuestra historia, se pasea por nuestras Antillas llevando desnuda la espalda en que está marcado el latigo del señor.

¡Qué vergüenza para España! ¡Qué vergüenza para un pueblo que se llama libre! ¡Un pueblo libre que azota al hombre esclavo!

Y si esto es una iniquidad irritante que condena la razón y que hiere al sentimiento, es aún más extraño, es más irritante todavía cuando la nación que esto consiente blasona de estar regida por instituciones democráticas, y su Gobierno se llama democrata.

Pero se dice que la ley de 1870 es ya casi la emancipación. Afortunadamente en esa ley transitoria, que no se ha cumplido, que no se cumple, porque hay disposiciones que tienen el triste privilegio de ser como sombras sin realidad, se prometió una ley definitiva de abolición, y la misma promesa hizo solemnemente el Gobierno de la regencia por boca del ministro de Ultramar.

Llegados son los tiempos en que esa promesa se cumpla, en que esa esperanza se realice. En la abolición de la esclavitud están interesados la honra de España, la causa de la civilización, el sentimiento del hombre.

Y por esto los que suscriben, que son hombres, que son españoles,

Suplican á las Cortes se sirvan abolir definitivamente

la esclavitud del territorio de España, haciendo desaparecer para siempre esa maldad de los tiempos, que es hoy nuestro crimen y nuestro oprobio.

Valencia 15 de Octubre de 1872.—Francisco Castell.—Pedro Fuster.—Pedro Moreno.—José Frambueña.—José Ramo.—José Villo Ruiz.—Eduardo Milla.—Pedro Valero.—Peregrina Casanova.—Miguel Burguete.—Francisco Crens.—Evaristo Piquer.—Juan Guix.—Luis Tramoyeses.—Andrés Zorrilla Peña.—Angel Molina.—Felipe Monton.—José Domínguez.—Vicente de Salas y Quiroga.—Emilio Muñoz.—Antonio Simó.—Salustiano Sotillo.—Gregorio J. Agullo.—Francisco Ruescas.—Domingo V. Folch.—José Helin.—Antonio Tazona.—José Olaria.—Emilio Carrasco.—Eduardo Vercher.—Joaquín Asensi.—Casimiro Ferrandi.—Lorenzo de No.—Vicente Villacampa.—Evaristo Torro.—Luis Kayser.—Rigoberto Ramon.—J. M. Ibañez.—E. Navarro Reverter.—Juan Montagud.—Antonio Bou.—(Siguen muchas firmas)

Esta exposición ha sido presentada al Congreso por el Sr. Labra, en la sesión del 20 de Noviembre, haciendo notar que la suscribían todos los *diputados provinciales* de la provincia de Valencia, y las personas más importantes del *partido radical* de aquella ciudad.

LAS FIESTAS DE NAVIDAD.

Como se ha acostumbrado en años anteriores, también en este han sido obsequiados con una fiesta de Navidad los 450 niños de las diferentes escuelas evangélicas establecidas en esta capital. Las fiestas comenzaron el día 23 de diciembre próximo pasado, en la escuela del barrio de las Peñuelas. Verdaderamente ha sido un acontecimiento para aquellos niños el obsequio que se les ha hecho.

El día 24 se ha celebrado la fiesta en la Madera Baja, incluyendo en esta escuela la de niñas, sita en la calle de Gravina, y las de niños calle del Gobernador y Ancha de San Bernardo. Posteriormente ha llegado la vez á las escuelas de la carrera de San Francisco, á la recientemente establecida por el Sr. Flíedner, y por último, á las escuelas de la plaza del Limón.

A las cinco de la tarde, del 24, ya se veía la iglesia evangélica del Redentor (Madera Baja), en cuyo piso principal están las escuelas, invadida por unos doscientos discípulos de ambos sexos, que deseaban con ansiedad llegase la hora de la fiesta. Mientras en el piso bajo los niños esperaban, en el piso alto algunas personas, especialmente señoras, amigas de los pequeños, se afanaban en preparar todo lo necesario.

El árbol de este año nos pareció estar adornado con más gusto que el del año pasado; también los regalos eran muy buenos y adecuados á la edad de los niños á quienes estaban dedicados. Cada cual tenía su correspondiente plato con manzanas, nueces, dulces y otras chucherías, y á más de esto unos tenían un libro, otros tambores ó cornetas; las niñas igualmente, muñecas, neceseres y otras cosas pertenecientes á su sexo.

A las seis y media un redoble de tambor anunció que la fiesta iba á principiarse; intuitivamente, no solo los pequeños, sino también las personas mayores se levantaron, subiendo primero las niñas, luego los niños y últimamente cuantas personas acudieron.

El efecto que produjo el árbol, tanto en niños como en adultos, fué grande. Efectivamente, iluminado por multitud de velitas, cuyo resplandor reflejaba en los espejitos dorados y demás adornos que pendían de sus ramas, formaba un conjunto bellissimo. Nosotros mirábamos á las personas que se habían ocupado en preparar la fiesta, y vimos retratada en su semblante la satisfacción de que se hallaban poseídas al escuchar las exclamaciones de alegría que partían de todas las bocas.

Colocados los niños y niñas en derredor del árbol, principió la fiesta cantándose el himno:

¡Oh santísimo,
Felicísimo,
Grato tiempo de Navidad!
Al mundo perdido
Cristo ha nacido,
¡Alegría, alegría, Cristiandad!

Después un niño refirió de memoria á la concurren-

cia una parte de la historia del nacimiento del Hijo de Dios; se cantaron algunas estrofas de otro himno, y sucesivamente niños y niñas prosiguieron en la relación de la venida al mundo de Jesús, tomada de los Evangelios.

Después un amigo les dirigió unas cortas palabras sobre el objeto de la reunión, instándoles á que amasen á Jesús su Salvador.

Se concedieron algunos momentos para que cada niño pudiera ver el regalo que le tocaba en suerte.

Agrupados de nuevo en derredor del árbol, cantaron el himno:

En Betlelem yo quiero estar
Contigo, Jesús mío.
Por tu bondad ¿qué puedo dar?
Mi corazón es frío.
¡Toma el regalo, vil cual es!
La vida toda, el alma, pues,
Te rinde mi albedrío.

Terminado el himno, el pastor alemán Sr. Flíedner, pidió la bendición de Dios sobre los concurrentes. Los niños tomaron sus regalos, y se dió por terminada la fiesta.

El miércoles 25 del pasado, después del culto que ese día se celebrara, se distribuyó la Santa Cena á los miembros de la Iglesia del Redentor (Madera Baja). La ceremonia nos ha parecido más solemne que en otras ocasiones, á causa del silencio profundo que reinaba en la capilla. Ha sido buena idea la de suprimir el canto de los niños y toda clase de música durante la ceremonia. Las personas que comulgaron fueron 130, menos que en años anteriores, pero en cambio la preparación que se hizo el martes por la noche, atrajo un gran número de oyentes, más que en otras ocasiones.

Siguiendo la costumbre felizmente establecida ya en España, la primera semana del año la consagrarán á la oración las iglesias evangélicas de España; otro tanto hacen los cristianos del mundo entero.

Nuestros lectores verán á continuación el orden que se seguirá en esas reuniones:

Domingo, 5 de Enero. Sermon sobre el fundamento, la seguridad y la extensión universal de la Iglesia cristiana.

Lunes, 6 de Enero. En la capilla de la calle de Calatrava, á las ocho de la noche. Asuntos: Confesión de los pecados, acciones de gracias á Dios por sus misericordias para con la nación, las iglesias, las familias y para con cada uno de sus miembros.

Martes, 7. En la capilla de la calle de la Madera Baja, á las ocho de la noche. Asuntos: Oración intercesoria por las iglesias evangélicas, que aumente el Señor su amor, su celo, y su fidelidad á la verdad, que manifiesten al mundo de una manera más clara su unidad en la fe, por todos los pastores, misioneros, evangelistas y colportores.

Miércoles, 8. En la capilla de la plazuela del Limón núm. 7, á las ocho de la noche. Asuntos: Oración intercesoria por las familias, por los hijos é hijas de padres cristianos, que la influencia del hogar doméstico les sea provechosa para su santificación, por una bendición sobre los cultos que se celebren en la casa de Dios, por las escuelas, colegios y universidades, por los niños, por los jóvenes empleados en el comercio ó en otras profesiones, por los criados, y por los enfermos y afligidos.

Jueves, 9. En la capilla de las Peñuelas, calle de Moratines, núm. 5, á las ocho de la noche. Asuntos: Oración intercesoria por las naciones, por los reyes y por todas las autoridades, por la paz y el aumento del reino de Dios, por la extensión de la libertad religiosa en el mundo, porque reine la concordia entre las diferentes clases de la sociedad, porque se reconozca la mano de Dios en los sucesos nacionales, porque desaparezcan la embriaguez, la inmoralidad y los vicios, que son la afrenta de las naciones.

Viernes, 10. En la capilla de la calle de Calatrava, á las ocho de la noche. Asuntos: Oración intercesoria por el mundo; que aumente la propagación de las Sagradas Escrituras, y la de toda sana literatura, por la destrucción de toda tiranía y opresión, incluyendo la esclavitud; por la desaparición de todo sistema que se oponga á la doctrina de Cristo, por los presos y cautivos, y por el aumento de aquel reino que es «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.»

Sábado, 11. En la capilla de la calle de la Madera Baja, á las ocho de la noche. Asuntos: Oración intercesoria por las escuelas dominicales, por las sociedades de misiones y las de tratados religiosos, porque se levanten y entren en la mies del Señor más obreros, y porque desaparezcan los obstáculos que impiden la difusión del Evangelio y la conversión del mundo.

Suplicamos á los pastores de las diferentes iglesias españolas que se reúnan con sus hermanos, y todos juntos se asocien á las oraciones que en esos días se levantarán hasta el trono de Dios en el mundo entero.

Y en los pueblos de España en donde no existan aún iglesias, rogamus á los cristianos evangélicos que se unan con los que existan en la localidad, porque aunque sean en poco número, allí donde estén dos ó tres reunidos en el nombre de Jesucristo, allí estará Él en medio de ellos.

Los anuncios que á continuación extractamos del periódico de Santiago de Cuba *La Bandera Española*, serían motivo suficiente, si no hubiera otros más importantes todavía, para que todo hombre honrado se interesara por la abolición de la esclavitud:

«OJO, OJO.—Se compran negros sueltos ó por lotes, pagándolos bien; café de grano redondo y cacao; se retrovenden fincas y se venden varias casas, haciéndose memoriales gratis. También se venden cuatro negros para los campos de esta jurisdicción. Trinidad Baja, núm. 20.»

«Se solicita en alquiler una negrita ó mulatica esclava, de 7 á 9 años de edad: en esta imprenta darán razón.»

«Agencia de negocios de Cazulo y Echevarría, calle baja de Santo Tomás, núm. 19, se retrovenden y retrocompran casas y continúa con el encargo de comprar negros.»

¡Qué más! al lado de un anuncio en que se ofrece una buena gratificación al que encuentre una vaca, se halla el siguiente:

«Se gratifica con una onza española al que presente al negro Pedro, por sobrenombre llamado *Congo*; le falta la mitad del dedo pequeño de la mano izquierda. Detrás de la Catedral, núm. 6, darán razón.»

Vergüenza y oprobio para los negreros, para los traficantes odiosos de carne humana, para los que tratan como bestias á los seres, cuyo único crimen consiste en no haber nacido blancos, como si esto dependiera de ellos, condenándolos á arrastrar una vida miserable y llena de torturas, peor mil veces que la de los criminales aquí.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.